

ORACIÓN

Nos marcaste la senda á cada uno de nosotros los hombres, Señor, y sólo Tú sabes cuáles son los sendos destinos que al cabo de ella nos reservas. Si es que la senda que nos marcaste tiene cabo, y no va serpenteando hasta perderse sin fin más allá de las últimas estrellas.

La ambición, la codicia, la vanidad, el orgullo, el miedo, el valor, hasta la haraganería son tus ministros. Ellos nos hacen caminar por nuestras vías siguiendo los hitos que en ellas nos pusiste.

Haz, Señor, que pueda yo comprender á los que marchan á mi lado espoleados por otro acicate que el que á mí, por tu mano, me espolea, y encorvados bajo otra cruz que la que á mí, por tu misericordia, me abrumba.

Haz que comprenda á aquellos á quienes mueve los pies la codicia de bienes del estómago ó la vanidad de obtener puestos para que los demás les miremos á los galones y no á los ojos.

Haz que comprenda á los más incomprensivos, á los que estiman fracaso el triunfo y al fracaso le llaman victoria. Y haz, sobre todo, que comprenda á los que se arrastran penosamente por el sendero pedregoso, huyendo hacia adelante, llevados de la haraganería, madre de la cobardía y la pordiosería. Haz que comprenda y, comprendiéndola, perdone la triste pereza espiritual de esos cobardes pordioseros que, por no trabajarse las entrañas del alma, ni se rebelan ni saben sino mendigar mercedes. Haz que los comprenda á todos.

«Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen», te dijo de nosotros, tus hombres, el Hombre, tu Hijo. Y tú sabes, Señor, que ninguno de nosotros sabe lo que se hace, y juzga lo que hace su hermano sin saberlo tampoco.

Tú sabes mi senda, Señor, y que he de ir á donde Tú quieras llevarme y no á donde quieren llevarme mis hermanos. Y yo sé, Señor, que no hay más cordura que dejarse llevar de tu mano. Y si es con la espuela del orgullo con la que nos llevas, dejarnos llevar por esa espuela.

Permíteme, sólo, Señor, que cuando haga un alto en mi romería al borde de la charca en que las ranas croan, pueda elevarme como una alondra y cantar desde tu cielo, desde donde no se oye á las ranas. Ellas hacen su nido en el fango, bajo el agua; déjame hacer así nido entre los trigales, sobre la tierra y bajo tu cielo.

Vamos por tus sendas solitarios y señeros. Tú nos juntas, apuñándonos en tu mano, como junta un niño, apuñándolas, un puñado de avellanas. Pero yo me siento dentro de mi cáscara, solo, y siento la soledad de aquellos que con sus cáscaras se aprietan á la mía. Y oigo el lenguaje de la soledad, que es el tuyo, Señor. Y sé que en la soledad nos aunamos como aunaste á tu pueblo en el desierto.

Conserva mi alma, solitaria, para Ti, Señor, y haz que en mi soledad pueda servir á las soledades de mis hermanos.

«El hombre propone y Dios dispone», solemos decir. Haz, Señor, que cuando mis hermanos, solitarios como yo, al ver un acto mío se pregunten: «¿pero qué se propondrá con eso este hombre?», me entregue yo á tu disposición, Señor, á Ti que has dispuesto nuestras sendas. Y que cuando se pregunten: «¿qué buscará con eso que hace?», busque yo tu reino, Señor, el reino de la justicia. Y de todo lo demás... ¡hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo!

Permite, Señor, que la cruz que carga mis espaldas y me fuer-



